

MITOS Y REPRESENTACIONES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Editores

Gastón Becerra | Joaquín Mezzadra | Guillermo Movia



Entre lo humano y lo programado

María Sol Martínez y Agustina Escudero

De la ciencia ficción a la vida cotidiana

El mito de que podemos establecer relaciones sociales con la IA se ha construido a lo largo del tiempo a través de una combinación de factores culturales, psicológicos y tecnológicos.

En relación a los factores culturales, desde hace décadas la ciencia ficción ha representado a máquinas inteligentes como entidades con las que es posible establecer vínculos emocionales o sociales (por ejemplo, películas como *Star Wars* y *Her*, o el capítulo "Be Right Back", de la serie *Black Mirror*). Estas representaciones moldearon la imaginación colectiva y sembraron la idea de que las máquinas pueden ser compañeras, amigas o incluso hasta tener una relación amorosa con ellas.

En cuanto al factor psicológico, las personas tienden a atribuir características humanas a objetos y sistemas, especialmente cuando éstos responden de forma coherente o con lenguaje natural. Esto lleva a muchos a interpretar comportamientos de una IA como si proviniera de una conciencia humana. Hoy en día, las interacciones con sistemas de inteligencia artificial están ocupando, en muchos casos, el lugar de nuestras relaciones humanas. Por ejemplo, es cada vez más habitual recurrir a un chatbot en busca de consejos en lugar de acudir a un amigo o un familiar.

Por último, los avances en la IA permiten a ciertos sistemas detectar emociones humanas y responder de manera apropiada. Aunque estas respuestas son programadas y no genuinas, pueden dar la impresión de comprensión y conexión emocional. Sistemas como ChatGPT o asistentes virtuales como Siri o Alexa generan respuestas cada vez más sofisticadas y empáticas.

Cuando pensamos en este mito surge la imagen de una persona en su casa, interactuando con un asistente virtual como Alexa o Siri mientras realiza tareas como cocinar, limpiar o trabajar. Aunque esta interacción parece social, en realidad no hay una relación auténtica. Esto refleja cómo la tecnología ha invadido las rutinas diarias, dando la ilusión de compañía, pero sin una verdadera interacción humana.

Algunas figuras públicas como Elon Musk y Mark Zuckerberg han sido críticos con la IA. Musk ha advertido sobre sus posibles peligros y ha dicho en diversas ocasiones que debemos tener mucho cuidado con el desarrollo de la IA, ya que podría cambiar la forma en que nos relacionamos y hasta suplantar a los humanos en varias áreas. Por otro lado, Zuckerberg si bien ha promovido el

desarrollo de la IA a través de Facebook (Meta), también ha hablado sobre cómo las interacciones en línea mediadas por IA pueden afectar la autenticidad de nuestras relaciones sociales.

Entre lo humano y lo programado

En última instancia, ¿qué se discute? ¿O qué discusión está bloqueando? ¿El mito parece plantear un dualismo o una tensión entre dos ideas contrarias (por ejemplo, éxito-catástrofe, optimismo-pesimismo)? ¿El mito hace alguna simplificación? ¿Qué nuevas preguntas surgen si relativizamos el mito?

¿El mito involucra algún concepto o idea abstracta (por ejemplo, objetividad, progreso, inteligencia, revolución) cuyo significado puede ser debatido? ¿Son ideas con varios sentidos? ¿Hay alguna definición conceptual que pueda señalar o aclarar posibles dimensiones de estos conceptos?

Se podría decir que esta creencia está relacionada con una discusión mucho más profunda, sobre qué significa realmente relacionarse y qué entendemos por “inteligencia” o “empatía”. Si bien las tecnologías actuales como asistentes virtuales o chatbots pueden simular conversaciones y generar respuestas empáticas, no poseen conciencia, subjetividad ni capacidad afectiva. Sin embargo, la forma en que interactúan ha llevado a muchas personas a interpretarlas como si fueran un “otro” con quien pueden establecer vínculos significativos. Esto no solo transforma nuestras formas de comunicación, sino que también diluye la diferencia entre un lazo social auténtico y una interacción programada.

La noción de que es posible relacionarse con la IA limita la posibilidad de dar debates urgentes sobre cómo las tecnologías están redefiniendo los vínculos humanos. Al suponer que las relaciones con sistemas IA pueden ser equivalentes a las relaciones humanas, se evita pensar críticamente en cómo estas tecnologías intervienen en nuestras formas de afecto, compañía, cuidado y reconocimiento. Se torna complejo discutir la precarización emocional que puede generar el reemplazo de vínculos reales por interacciones simuladas, y se pierde la posibilidad de pensar alternativas éticas y sociales para convivir con estas herramientas sin deshumanizar nuestras experiencias.

Por otro lado, el mito plantea una tensión entre el optimismo tecnológico, que pondera la capacidad de la IA para acompañar, escuchar o comprender, y un pesimismo que teme por la pérdida de lo humano. Se instala un falso dilema, el de aceptar sin cuestionamientos a la IA como un nuevo tipo de “otro social” o rechazar completamente la mediación tecnológica. Este binarismo dificulta pensar opciones intermedias, como desarrollar tecnologías que acompañen sin reemplazar o que respeten las necesidades emocionales y sociales humanas.

Asimismo, esta creencia simplifica ideas complejas como “relación”, “empatía” e “inteligencia”. Asume que si una máquina puede simular una conversación afectuosa, entonces está estableciendo un vínculo, cuando realmente se trata de una respuesta programada, basada en patrones, algoritmos y sin comprensión emocional. De este modo, se confunde la interacción funcional con el lazo social recíproco, afectivo y simbólico que caracteriza las relaciones humanas. Esta confusión contribuye a banalizar el concepto de relación, reduciéndolo a una sensación de compañía o atención superficial.

Al introducir este mito, surgen preguntas más profundas. ¿Qué vínculos reales estamos dejando de lado? ¿Podemos pensar una convivencia con la tecnología que no deteriore nuestras capacidades sociales, sino que las complemente? Estas preguntas permiten abordar el fenómeno desde una perspectiva más compleja.

Por último, esta concepción descansa en conceptos más abstractos cuyo significado es múltiple y discutible. La noción de “relación” puede ser técnica o humana, la “empatía” puede entenderse como afectiva o cognitiva, la “inteligencia” puede ser lógica, emocional, social o simplemente algorítmica. Revisar estas definiciones permiten comprender que las IAs no sienten como las personas, aunque pueden simularlo. Por esto mismo, más que negar el avance tecnológico, lo que se propone es reconocer sus límites y pensar críticamente en los sentidos sociales, culturales y afectivos que le atribuimos.

Lo social detrás del algoritmo

Este mito, involucra a varios actores y procesos sociales. Por un lado, están las empresas tecnológicas que crean estos sistemas y los promocionan como asistentes “inteligentes, amigables y empáticos”. También participan los medios de comunicación, que muchas veces refuerzan esta idea mostrando a la IA como una especie de compañera confiable o incluso como un reemplazo emocional. A esto se suman los usuarios, que interactúan cada vez más con estas tecnologías y, en algunos casos, empiezan a tratarlas como si fueran personas reales.

Esta idea extendida encuentra mayor fuerza en contextos urbanos y digitalizados, donde el uso de la tecnología es cotidiano y casi inevitable. Hace referencia a una parte de la sociedad muy influida por el desarrollo tecnológico y por las formas actuales de comunicación, donde muchas veces se prioriza la rapidez y la eficiencia por sobre la calidad emocional de los vínculos. Sin embargo, si llevamos este mito a otros contextos, por ejemplo, a comunidades rurales o a sectores donde la tecnología no tiene tanta presencia, probablemente no tenga el mismo impacto ni la misma fuerza. En esos casos, los vínculos humanos siguen siendo más valorados que las interacciones tecnológicas.

El mito también transmite ciertos mandatos: la idea de que está bien reemplazar una charla con un amigo por una conversación con un chatbot, que no necesitamos tanto a los otros si una máquina puede “escucharnos”, o que estar solos ya no es un problema porque la tecnología puede hacernos compañía. Estas recomendaciones están muy vinculadas a una visión individualista de la sociedad, donde lo importante es resolver las cosas por uno mismo, sin depender de los demás. En ese sentido, el mito responde a una ideología que ve a la tecnología como una solución para todo y que tiende a simplificar los vínculos humanos.

Si toda la sociedad creyera ciegamente en este mito, podríamos terminar en un mundo donde las relaciones reales se debilitan, donde la compañía humana se considera prescindible y donde nos volvemos emocionalmente más aislados. Sería una sociedad más solitaria, aunque rodeada de tecnología. Por el contrario, si todos pensáramos críticamente en este tema, podríamos buscar una convivencia más equilibrada con las tecnologías: usarlas como herramientas útiles, sin dejar de valorar los vínculos humanos reales. Esto permitiría construir una sociedad más conectada emocionalmente, donde la tecnología acompañe pero no reemplace lo que solo las personas pueden dar, una escucha genuina, una respuesta emocional auténtica, un cuidado que nace del lazo humano.

La imaginación sociológica frente a la IA

Esta concepción, que plantea la posibilidad de establecer vínculos sociales con la inteligencia artificial, se relaciona con conceptos y teorías sociológicas que permiten comprender el tipo de sociedad en el que vivimos. Por ejemplo, autores como Zygmunt Bauman hablan de una modernidad líquida, donde los vínculos son frágiles, cambiantes y muchas veces superficiales. En ese contexto, no sorprende que la IA aparezca como un sustituto funcional de las relaciones humanas: no exige compromiso, no juzga y siempre está disponible.

Usando la imaginación sociológica de C. Wright Mills, podemos conectar este fenómeno con procesos sociales más amplios. A nivel individual, quizás sentimos que estamos simplemente “hablando con una app”, pero si lo elevamos al plano social, vemos cómo el mito encaja en una lógica más grande: una sociedad donde la tecnología avanza más rápido que la reflexión ética y donde las soluciones emocionales se buscan en productos antes que en vínculos reales.

Siguiendo a Josep-Vincent Marqués, el mito también se sostiene sobre ideas que se “dan por naturales”, como creer que la soledad es inevitable y que está bien reemplazar el afecto humano con una máquina. Se naturaliza que la compañía se pueda “programar” o que la empatía sea un algoritmo. Pero si dejamos de dar por hecho estas ideas, podríamos imaginar otra sociedad: una en la que la tecnología

acompañe sin reemplazar, donde se prioricen los lazos humanos y se construyan espacios colectivos para el cuidado y la conexión real. En una sociedad así, el mito perdería fuerza, porque ya no habría necesidad de simular vínculos si los reales estuvieran al alcance.

Por otro lado, Max Weber, con su concepto de acción social, ayuda a clarificar que para que una interacción sea verdaderamente social debe estar orientada hacia otros con intenciones conscientes y significados compartidos. Las interacciones con IA, al carecer de intencionalidad y conciencia, no pueden considerarse acciones sociales genuinas. Esto refuerza la idea de que, aunque la tecnología simule comunicación, no reemplaza el carácter simbólico y subjetivo de la relación humana.

Incorporar estas perspectivas sociológicas permite comprender que la sustitución de relaciones humanas por interacciones con IA no solo afecta lo individual, sino que también modifica las dinámicas sociales y las posibilidades de participación, reconocimiento y construcción de sentido dentro de los diferentes campos sociales.

Datos que cuestionan el mito

Existen datos y estudios que ayudan a cuestionar el mito. Por ejemplo, un artículo de [Infobae \(marzo 2025\)](#) reporta que, en un experimento de MIT Media Lab y OpenAI con 981 participantes durante cuatro semanas, quienes usaban chatbots entre 5 y 28 minutos diarios mostraron niveles significativamente más altos de soledad y dependencia emocional, especialmente en interacciones de voz. En Argentina, un [artículo de La Nación \(febrero, 2025\)](#) señala que casi el 27 % de los encuestados admitió haber coqueteado con un chatbot y que este tipo de interacción puede “convertirse en adictiva”, reemplazando progresivamente relaciones imperfectas pero humanas

Organismos como la Unesco han advertido sobre el impacto emocional que puede tener el uso excesivo de tecnologías en la vida cotidiana. En su [“Recomendación sobre la ética de la inteligencia artificial” \(Unesco, 2021\)](#), se subraya que, aunque estas herramientas pueden ser valiosas para apoyar distintas dimensiones de la vida humana, no pueden reemplazar los vínculos afectivos, la escucha activa ni el cuidado que brindan las relaciones interpersonales significativas.

No obstante, estos datos también tienen algunas limitaciones. Muchas investigaciones son recientes y todavía falta tiempo para observar los efectos a largo plazo de este tipo de vínculos simulados. Además, la experiencia varía mucho según el contexto cultural, la edad de los usuarios, el tipo de IA con la que se interactúa y el uso que se le da.

Lo que la IA puede (y no puede) darnos

La idea de que podemos establecer relaciones sociales reales con la inteligencia artificial contiene una gran parte de verdad, pero también de error. Es cierto que tecnologías como los chatbots o asistentes virtuales pueden simular conversaciones y respuestas empáticas y que muchas personas sienten cierto acompañamiento al interactuar con ellas. Esto muestra que la IA puede cumplir un rol en nuestras vidas, especialmente para aliviar momentos de soledad o brindar asistencia inmediata.

Sin embargo, resulta un error pensar que estas interacciones constituyen relaciones sociales auténticas. La IA no posee conciencia, emociones ni capacidad de reciprocidad; simplemente responde según algoritmos y datos predefinidos. Por eso, confundir estas simulaciones con vínculos humanos reales puede llevar a una visión superficial y peligrosa de lo que implica verdaderamente relacionarse.

Por lo tanto, consideramos que es necesario reconocer tanto las potencialidades como los límites de la IA en el plano relacional. Si bien puede ser una herramienta útil, nunca debería reemplazar la complejidad, el afecto y la humanidad que definen nuestras conexiones sociales. Es clave mantener una mirada crítica y promover un uso consciente que cuide nuestros vínculos reales. A raíz de esto, nos surgen las siguientes interrogantes: ¿qué consecuencias podría tener, a largo plazo, delegar el acompañamiento emocional a sistemas no humanos? ¿Estamos dispuestos a redefinir el lazo social en términos de eficiencia artificial?

Durante el desarrollo de este trabajo, recurrimos a ChatGPT como herramienta de apoyo para mejorar la redacción, clarificar ideas y organizar de manera más coherente el contenido. La experiencia fue enriquecedora: a partir de nuestros borradores o ideas iniciales, el asistente colaboró en la construcción de un texto más claro, fluido y profesional, sin alterar el sentido original de nuestras reflexiones.

Más allá de la mejora en la escritura, el uso de IA nos llevó también a pensar críticamente sobre su propio rol dentro del trabajo. Utilizar IA para reflexionar sobre las posibilidades y límites de las relaciones con la IA generó un interesante efecto espejo. Por un lado, mostró su utilidad como herramienta técnica, por otro, reafirmó nuestras dudas sobre la posibilidad de establecer vínculos genuinos con sistemas que carecen de emociones o conciencia.

En este sentido, el proceso no solo sirvió para afinar el producto final, sino también para profundizar nuestra comprensión sobre el objeto de estudio. Consideramos que esta experiencia invita a seguir interrogándose sobre cuál es el

lugar que queremos darle a estas tecnologías en nuestras prácticas cotidianas, educativas o afectivas.

Referencias

Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.

Marqués, J.-V. (1981). *Por una sociología de la vida cotidiana*. Anagrama.

Menghini, V. (2025, 13 de febrero). Apps de citas: Crece el miedo de estar chateando con bots de inteligencia artificial. *La Nación*.
<https://www.lanacion.com.ar/economia/IA/apps-de-citas-crece-el-miedo-de-estar-chateando-con-bots-de-inteligencia-artificial-nid13022025>

Mills, C. W. (1959). *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica.

Morales, O. (2025, 28 de marzo). Chatbots y soledad: Un peligro inesperado para la salud emocional. *Infobae*.
<https://www.infobae.com/tecnologia/2025/03/28/chatbots-y-soledad-un-peligro-inesperado-para-la-salud-emocional>

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. (2021). *Recomendación sobre la ética de la inteligencia artificial*. Unesco.
<https://www.unesco.org/es/legal-affairs/recommendation-ethics-artificial-intelligence>

Weber, M. (1978). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica.